

LAS ESPERANZAS DE PÉREZ

POR ARMANDO PEREIRA

a G. S.

Esta mañana, Pérez, desde el extremo opuesto de la sala de redactores y con el aire serio y reconcentrado que finge siempre que se le ocurre decirme algo que no tiene que ver con el trabajo, se puso de pie y, con paso seguro y decidido, caminó hasta mi escritorio. Desde que lo vi venir, supe que iba a proponerme algo importante. Cuando lo hace, invariablemente adopta ese gesto tan digno y solemne frente al que no queda más remedio que contestar con frases largas y serenamente meditadas. Esta vez, sin embargo, las condiciones no eran lo suficientemente holgadas como para demorarnos más de la cuenta en los untuosos engrudos de nuestras conversaciones. El jefe de la oficina, a no más de diez o quince pasos de mi escritorio, vigilaba atento y suspicaz la malabáricas evoluciones de Pérez entre las cuarenta o cincuenta máquinas de escribir que tecleaban furiosamente, como si ahora sí, de verdad, llegara el fin del mundo y nuestro periódico tuviera que ser el primero en dar la noticia. Pérez, un poco sofocado y cuidándose de reojo de la mirada del jefe, se inclinó sobre mi escritorio y, señalando con el dedo una línea imaginaria del papel en blanco que le servía de parapeto, me dijo:

— Ha llegado al fin nuestra oportunidad. Ahora sí sabrán de nosotros, de lo que hemos sido capaces en todos estos años de injusto olvido. No debemos desaprovecharla. La Honorable Revista de la Asociación Nacional de Escritores ha decidido dedi-

car un número completo a la Joven Literatura Nacional. ¿Te das cuenta?

Yo miré su calva enorme y definitiva, las bolsas azules que, sobre todo a esa hora, se le formaban bajo los ojos, los innumerables pliegues de la frente y las mejillas, su papada inapelable, su barriga. Encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar la sentencia final con la que usualmente solía cerrar sus intervenciones.

— Tienes que darme algo mañana mismo. El tiempo apremia— insistió.

Acepté la oferta (no puedo negarlo) con la vaga esperanza de que quizás esta vez y, sin duda, confortado también, como en tantas otras ocasiones, por la firme certeza de Pérez de que ahora nosotros por fin. Al llegar a casa, mientras se calentaba el agua para el café y como ya lo había venido haciendo a lo largo del lento viaje en tranvía, traté de recuperar mentalmente algo que pudiera salvarse de todo lo que había escrito años atrás, cuando aún era posible escribir y escribía (ahora lo hago también, pero afortunadamente no pasa de ser algún urgente memorandum o una tímida solicitud de aumento de sueldo, generalmente denegada).

No está de más decir que en ese momento no me vino nada a la memoria. Mis recuerdos, invariablemente, se remontaban mucho más atrás, a esa suave y acolchonada etapa de la infancia en la que todos escribimos, alguna vez, un poema para mamá o un pensamiento a la Patria. Un hueco profundo y oscuro (ahora creo que lo llaman "lapsus") se



abría, insalvable, entre aquella época lejana y ya casi perdida en los inexpugnables meandros de la memoria y este *hic et nunc* que, al decir de Pérez, me situaba apenas a un miserable paso de la gloria.

El insistente burbujeo del agua sobre la estufa, me hizo de pronto volver en mí. Había que decidirse, poner cuanto antes manos a la obra: sacar del cajón lo que no tenía derecho a permanecer un minuto más allí, lo que no podía seguirse negando a la inefable posteridad. Me serví el café en el primer pocillo que encontré y me encerré en mi cuarto dispuesto a desempolvar los viejos demonios que habían atormentado mis fervorosos años de adolescencia.

Y surgieron, por orden de aparición:

- a) un novelón (748 páginas) sobre la dura y desalmada explotación a la que el capitalismo ha sometido, y somete aún, al obrero, al campesino y las clases medias de las ciudades,
 - b) una novelita levemente metafísica,
 - c) varios volúmenes de cuentos sobre brujas, fantasmas y aparecidos,
 - d) un tímido relato sobre el día en que me cogí, al escribirlo, a la sirvienta de casa de mamá,
 - e) un cuento sobre mamá,
 - f) poemas, una barbaridad de poemas, al Primer Amor
- y
- g) este relato (que seguramente tiene ahora el lector en sus manos y que, no me cabe la menor duda, lee ávidamente).

La elección no se hizo esperar. Y lleno de un secreto orgullo sobre las infinitas posibilidades que se abrían en mi futuro, aquella noche dormí como un ángel: no sentí los pedos de mi mujer, no me molestaron los riñones a media noche, no tuve que vérmelas con los irreprochables y consuetudinarios consejos de mi padre ni con la voz de la abuela, siempre de madrugada y a las orillas del sueño, gritándome desde la puerta del cuarto: "¡Pero chico, qué horas son estas para estar en la cama! Como sigas así, yo no sé qué podemos esperar de ti". Y a la mañana siguiente, sin el amargo sabor de boca de otras veces, me tomé mi jugo de naranja y salí, firme y seguro sobre mis pasos, rumbo a la oficina.

Esta vez fui yo el que cruzó, entre el bombardeo teclante de las máquinas y eludiendo como pude la tenaz vigilancia del jefe, el enorme trecho (nacional, internacional, editoriales, espectáculos, culturales y deportes) que me separaba de Pérez. Una vez en su escritorio y recuperando el aliento que había dejado en el trayecto, saqué la carpeta del protafolios y sin una sola palabra, porque en momentos así las palabras huelgan, deposité ante sus ojos lo que con un poco de suerte y buena voluntad podría llegar a convertirse en una de las grandes promesas de la Literatura Nacional.

Pérez, con la gravedad y circunspección que se impone en esos casos, me miró un momento, muy serio, y, extendiéndome una mano afectuosa y solidaria, me dijo:

—Por fin esta vez, hermano.

